

veinte y cuatro en las Tullerías para urgentes é imprevistas necesidades.

A la sazón fueran de muy preciosa ayuda las tropas de España si se pudiera disponer de ellas; pero aun se ignoraba cómo habían sido recibidos el duque de San Carlos y el tratado de Valenzey. Fernando VII, que manifestaba cada vez mayor impaciencia por verse libre, no sabía mas que el gabinete francés del asunto (1). Este silencio era de mal augurio, y de todos modos no permitía desguarnecer la frontera antes de saber si los españoles y los ingleses repasarían los Pirineos. No obstante, según se ha visto, Napoleón había ordenado al mariscal Suchet que enviara á Lyon doce mil hombres, y al mariscal Soult que dirigiera quince mil sobre París, unos y otros en posta. A estos añadió cuatro divisiones de reserva formadas en Burdeos, Tolosa, Montpellier y Nimes. No contaban las cuatro mas de diez y ocho mil conscritos en lugar de los sesenta mil de cuya reunión se había lisonjeado; pero se componían de cuadros excelentes sacados de los ejércitos de España. Napoleón hizo marchar á París la de Burdeos, de fuerza de unos cuatro mil hombres, y para Lyon y con fuerza de tres mil la de Nimes. Tanta era su penuria que semejantes recursos le parecían de verdadera importancia. Toda la fuerza enviada á Lyon debía servir para componer el ejército de Augereau, y la encaminada á París debía emgro-

(1) La obra de Mr. Fain que sobre este punto contiene diversos errores, á pesar de estar redactada con vista de los documentos del duque de Basano, hace llegar á Fernando VII á Madrid el 6 de enero, no habiendo partido de Valancey hasta el 19 de marzo.

sar aquel conjunto de tropas de todas clases, Jóven Guardia, batallones sacados de los depósitos, guardias nacionales, antiguas bandas de España, de todas las cuales pensaba hacer uso á medida que estuvieran prontas, para sostener la tremenda lucha que se iba á empeñar entre el Sena y el Marne. Finalmente, proveyó á la defensa de la capital.

Mas de una vez, y hasta en medio de sus mas espléndidas prosperidades, por una especie de presciencia que le revelaba las consecuencias de sus faltas sin inducirle á precaverlas, se había figurado Napoleón divisar los ejércitos de Europa al pié de Montmartre, y le ocurría fortificar á París á cada una de estas siniestras visiones. Despues, arrebatado por el torrente de sus ideas y de sus pasiones, prodigó el oro en Alejandria, en Mántua, en Venecia, en Palma-Nuova, en Flesinga, en el Texel, en Hamburgo, en Dantzick, y nada consagró á la capital de Francia. Si á esto se dedicara en la época de su auge, todo se redujera á dar que reir á los parisienses, y el mal no fuera de gran tamaño; en enero de 1814 les hiciera temblar y aumentara la mala voluntad de los unos y la consternacion de los otros. Sin embargo, en su dictámen, con París fuera de peligro, casi se aseguraba el éxito de la próxima campaña, porque si maniobrando entre el Aisne, el Marne, el Aube, el Sena, que corren hácia París concéntricamente, se hallara bien seguro del punto donde llegan á reunirse, adquiriera una libertad de movimientos, de la que, con su genio, con el cabal conocimiento de los lugares, y con la posesion de todos los pasos, pudiera sacar ventaja inmensa contra un enemigo embarazado en su marcha, pronto siempre á arrepentirse de haber avan-

zado de sobra, y probablemente le sorprendiera en alguna falsa posicion donde le abrumara del todo. Asi no cesaba de pensar en el armamento de París, si bien temia el efecto moral de precaucion semejante. A una comision de oficiales de ingenieros, encargada de tratar extraordinariamente de lo relativo á las plazas fuertes, pidió un plan para la defensa de la capital, con recomendacion del mayor sigilo. Exigiendo cuanto se le propuso trabajos inmediatos y muy á la vista, renunció á todo y limitóse á elegir de antemano y sin ruido los parajes, donde se podrian construir reductos y preparar gruesas empalizadas, ora para reforzar el recinto, ora para levantar tambores delante de las puertas, y por último, á juntar un suplemento considerable de artillería y municiones, reservándose para el postrer momento, organizar con ayuda de la poblacion y de los depósitos, una defensa obstinada de la gran ciudad, que contenia sus recursos, su familia, su gobierno y la llave de todo el teatro de la guerra.

Aun adoptó algunas otras providencias relativas á Bélgica, á Italia, á Murat y al Papa. Descontento del general Decaen á causa de la evacuacion de Villemstadt, le reemplazó con el general Maison que tanto se habia distinguido en las últimas campañas. A éste le dejó instrucciones para establecer un campo atrincherado delante de Amberes, con tres brigadas de la Jóven Guardia y con los batallones del primer cuerpo que tuviera tiempo de formar, y para que se aplicara á detener á los enemigos junto al Escalda, amenazándoles con lanzarse sobre su retaguardia si marchaban hácia Bruselas. A Macdonald le previno que se replegara

sobre el Argoa y de alli sobre el Marne con los cuerpos 5.º y 11.º y el 3.º de caballería. Al principe Eugenio encargó que si le era posible sin comprometer la línea del Adige, le enviara una fuerte division, que pasando por Turin y por Chambery, viniera á reforzar á Augereau. Se obstinó en guardar silencio con Murat, mas exigente de dia en dia, y amenazando ya con unirse á la coalicion si no se le cedia á la derecha del Pó la Italia. Por último, no sabiendo qué hacer del papa en Fontainebleau, de donde lo podian arrebatár algunos corredores enemigos, y no prestándose aun á soltarle por miedo de complicar las cosas de Italia, le hizo partir para Savona, bajo la custodia del coronel Lagorsse, que en este cargo sabia hermanar el respeto y la vigilancia. No habiendo podido hasta el presente los austriacos ni forzar el Adige, ni acercarse á Génova, todavia Savona era lugar seguro (1).

Terminadas estas disposiciones resolvió Napoleon emprender su marcha. Mientras se hallara ausente debia ejercer la emperatriz la regencia como durante la anterior campaña, teniendo al principe archicanciller Cambaceres por consejero secreto. José tenia el encargo de apoyarla, y aun de

(1) Mr. Fain y otros escritores han supuesto que con esta fecha hizo Napoleon marchar al papa á Roma. Es un error demostrado por documentos irrefragables. Sin duda la partida de Fontainebleau fué el principio del viage que llevó á Roma al papa, mas no se dispuso con la intencion de enviarle actualmente. Mas tarde fué cuando lo ordenó así Napoleon y por razones de que ya daremos noticia. En los archivos de la secretaria de Estado existen instrucciones de Napoleon y cartas del coronel Lagorsse, que no admiten duda sobre ninguno de estos particulares.

sustituirla en el caso de que se ausentase tambien ella, pues proponiéndose defender á París á todo trance, no estaba resuelto de ningun modo Napoleon á dejar allí á su esposa y á su hijo, expuestos á las bombas y á las balas, y quizá hasta el cautiverio, si la coalicion llegaba á forzar las improvisadas defensas de la capital de Francia. Dado que la emperatriz se retirara á lo interior del imperio, José y los demás hermanos de Napoleon reunidos en París actualmente debian dar ejemplo de valor á la guardia nacional, y morir si era necesario en defensa de un trono mas importante para ellos que los de España, Holanda y Westfalia, pues no solo era el mas grande, sino el único que quedaba á su familia.

Además de las precauciones tomadas contra el enemigo exterior pensó Napoleon en adoptar algunas contra el enemigo interior, esto es, contra las intrigas enderezadas á restituir á Francia la república ó los Borbones. El archicanciller Cambacéres y el duque de Rovigo recibieron orden para extender su vigilancia hasta sobre los príncipes de la familia imperial, y en particular sobre ciertos dignatarios, como Mr. de Talleyrand por ejemplo, que no cesaba de inspirar á Napoleon las mas singulares aprensiones. Aunque privado del mas bullicioso de sus allegados, del duque de Otranto, con embajada á la sazón cerca de Murat, Mr. de Talleyrand era muy de temer sin duda. A las claras le miraba Napoleon como el hombre en torno del cual se agruparian en un momento de derrota sus enemigos de todas clases para erigir un nuevo gobierno sobre las ruinas del imperio derrocado. Tras de sentir muy viva simpatía hácia Mr. de Talleyrand

y de inspirársela de igual modo, al verse privado de la prosperidad, medio el mas seguro de ser grato, y recordando además cuanto habia ofendido en varias ocasiones á este gran personaje, se le ocurría que habia hecho todo lo necesario para que le tuviera aborrecimiento, y lo esperaba y contaba con no equivocarse. Especialmente le temia desdeque empezó á sonar el nombre de los Borbones, pues á pesar de estar comprometido por su vida y sus opiniones en la revolucion francesa, el antiguo obispo de Autun, hoy príncipe y casado, tenia tan alta cuna, tanta flexibilidad de talento, y tantos medios de ser útil á la antigua dinastía, que su paz con ella no podia ser dificultosa. De consiguiente le miraba Napoleon como instrumento de contrarevolucion é instrumento formidable. Bajo el influjo de tales presentimientos debiera reducirle á la impotencia de hacer daño ó atraérsele á toda costa; pero sin embargo de su fuerza de talento y de carácter, durmiendo Napoleon al lado del peligro, segun sucede á menudo, observó respecto de Talleyrand una conducta indecisa; le dejó libre, gran dignatario, miembro del consejo de regencia, y en vez de halagarle cuando le dejaba tan fuerte, le dirigió sangrientas reconveniones la vispera de su despedida, tanto le excitaba, le inquietaba é irritaba la sola vista de este personaje. Le dijo que le conocia muy á fondo; que no ignoraba que era capaz de todo; que le vigilaria atentamente, y que le haria sentir el peso de su autoridad al menor paso dudoso. Luego, á continuacion de los apóstrofes mas violentos, se detuvo en las palabras, y limitóse á encargar al duque de Rovigo la mas exquisita vigilancia, tanto sobre Mr. de Talleyrand como so-

bre cualquier otro de los altos funcionarios caídos de su valimiento. No era el duque hombre para andar en vacilaciones respecto de cumplir las órdenes más espinosas ¿pero qué hacer contra un adversario hábil, que sabía como conducirse para no dar margen a sospechas, rodeado además de una gran nombradía, á quien había que guardarse de herir levemente, y que de sobra hallaría el instante de osarlo todo contra un enemigo que no podría ya casi nada para su propia defensa?

La víspera de su partida quiso Napoleón ver y arengar á los oficiales de la guardia nacional, á la cual iba á fiar la seguridad interior y exterior de París. Formada estaba la guardia nacional, no de esa clase popular alentada y robusta, tan capaz de defender con arrojo lo que se le confía, como de derribarlo torpemente, sino de personas acomodadas, enemigas de revoluciones, no olvidadas de que Napoleón había salvado á Francia de la anarquía, aunque acusándole de haberla precipitado en una guerra funesta, acérrimas enemigas de la república y muy distantes de desvivirse por los Borbones. Al querer Napoleón disputar las afueras de París con sus soldados, se proponía dejar á la guardia nacional el cuidado de preservar á su muger y á su hijo contra un movimiento anarquista ó realista, fraguado en lo interior de la capital. Así recibió á los oficiales de esta guardia en las Tullerías, con su esposa á un lado y su hijo á otro, y avanzando en medio de ellos, mostrándoles aquel niño llamado poco antes á tan altos destinos, y á la sazón condenado quizá al destierro, á la muerte, les dijo que se iba á alejar para defenderlos á ellos y á sus familias; y repeler fuera del territorio al enemigo

que acababa de cruzar nuestras fronteras; pero que al partir dejaba entre sus manos como depósito lo que más amaba después de Francia, esto es, su esposa y su hijo, y partía tranquilo al confiar á su honor semejantes prendas. A la vista de este grande hombre, reducido á tales extremidades después de tantas maravillas, con su hijo en los brazos y presentándole á su adhesión, todos se enternecieron vivamente, y con la mayor sinceridad prometieron no entregar á otros el glorioso trono de Francia. ¡Ah, lo creían así de fijo! ¡Cuál de ellos, á pesar de estar abierto á la sazón el campo á todas las suposiciones, podía en verdad prever las muy diferentes escenas que pasarían pronto en las Tullerías y que confundirían, no solo la prevision de los que las ocupaban en aquel instante, sino la de sus sucesores, y la de los sucesores de sus sucesores!

Al día siguiente partió Napoleón para Chalons, y al partir estrechó fuertemente en sus brazos á su esposa y á su hijo, muy ageno de presumir que los abrazaba por vez postrera. Su esposa lloraba y temía no tornar á verle, ¡y con efecto, estaba destinada á no verle ya nunca, sin que las balas enemigas le hubieran de arrebatár á su cariño! ¡Seguramente la sorprendiera quien la revelara que este marido, objeto actual de todas sus solicitudes, moriría en una isla del Océano, prisionero de Europa y olvidado por ella! ¡A Napoleón no se le sorprendiera con tal vaticinio, porque extremado desamparo ó adhesión extremada, todo lo aguardaba de los hombres, á quienes conocía á fondo, y con quienes obraba no obstante cual si no los hubiera conocidol